trompetas, que el espíritu se acobarda y siente sudores de muerte, cuando piensa que para seguir á Cristo ha de vencer antes la pujanza de tan numerosas huestes.

Como el discípulo del profeta Eliseo, que sólo veía con los ojos de la carne (1) el ejército de Siria, que con sus elefantes y máquinas de guerra cercaba y apretaba la casa del Señor y no veía las terribles y numerosas huestes de ángeles que enviaba Dios en su defensa, y se desmayaba y tenía por perdido; así nos sucede á los que, siendo cristianos, ponemos en olvido las promesas divinas delante de la arrogancia de los enemigos de Cristo.

Malos cristianos somos, pues cosas tan elementales y primarias olvidamos. ¡Miserables de nosotros!, pues no nos acordamos para qué bajó Cristo á la tierra, ni para qué dejó la casa de su Padre, llena de la abundancia de la gloria, y careció en el mundo de lo que las raposas tienen en el monte y las aves en la selva, pues no tuvo el Hijo del hombre donde reclinar la cabeza. ¡Pobres de nosotros!, que en el tráfago del comercio de la vida se nos ha borrado de la memoria que Cristo fué perseguido y atado con cordeles, para reprimir las hostilidades del demonio contra los hombres y para que fueran rotas las cadenas de nuestro cautiverio. ¡Menguada es nuestra fe!, cuando sobre las tablas de la nueva ley no vemos derramada la sangre de Cristo, que tanto nos amó, que nos dió la prueba más grande de amor, que es dar la vida por el amigo; cuando somos tan torpes que no sabemos que si dió su vida fué para salvar la nuestra de la muerte del pecado, y que con su sangre vertida hizo medicina para curar nuestras llagas, y que resucitó, en fin, después de muerto, para revivir todas las muertas energías de nuestro espíritu con que pudiésemos luchar con el demonio, con el mundo y con la carne.

Tomemos la Cruz, que es nuestra bandera, y entremos

(1) IV Reg., VI.

con ella de recio en el combate. Con nosotros vienen los Sacramentos, que Cristo ordenó, para extinción y remedio de los pecados. Con nosotros viene el Espíritu Santo, enviado por Dios en forma de fuego, para que como fuego nos encienda en el combate y dé de lleno con su luz en las emboscadas de nuestros enemigos y los ponga en dispersión y en huída.

Vamos á navegar sin miedo río arriba en contra de la corriente de las pasiones adversarias á la Cruz. El viento de la contradicción nos dará de cara y vendrán contra nosotros todas las furias del abismo, para amedrentarnos con su aspecto temeroso y hacernos desmayar en el camino. Vendrá la desobediencia, arrastrándose como serpiente y trayendo por compañeras la injusticia y la impaciencia; vendrá la soberbia como un viento desencadenado, y la ira como un incendio, y la envidia como una pena, sin esperanza de consuelo. Vendrán con engaños y falacias, nos armarán traiciones, nos tenderán redes, y en viéndose vencidas, nos apellidarán con todos los dicterios que merecen sus derrotas. Pero nosotros no desmayemos en la pelea; miremos quién lleva nuestra bandera y se mete con ella en lo más apurado del combate, diciéndonos con Isaías (1): *no temas, porque yo voy contigo. No te apartes de mí, porque yo soy tu Dios. Yo te esforzaré y te ayudaré y mi mano te sostendrá. Buscarás á los que peleaban contra ti y no los hallarás: serán como si no fuesen y quedarán como hombre rendido y aniquilado á los pies del vencedor.*

Venid en pos de mí los redimidos del Calvario; *yo,* dice por Ezequiel, *os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros y os quitaré el corazón que tenéis de piedra, y os daré corazón de carne; y viviré en vosotros y por mí andaréis por el camino de mis mandamientos, y guardaréis mis justicias, y las pondréis por obra,*

(1) Isai., XLI.

y moraréis en tierra de promisión, no desemejante á aquélla que yo di á vuestros padres, y seréis vosotros mi pueblo, y yo seré vuestro Dios (1). *El que no toma su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo* (2), ni es digno de llamarse cristiano.

Qué, ¿acaso te espantan las adversidades que has de sufrir, las espinas que te han de punzar y los riscos puntiagudos de la senda por donde has de ir? ¿Juzgas imposible la negación de ti mismo, dificultosa la resignación, y cosa de fábula la dejación de todas las cosas por seguir á Jesús? Pues ya todas esas objeciones de tu egoísmo las tenía Dios contestadas y desbaratadas por su profeta, diciendo (3): *Ese mandamiento que te mando hoy ni está sobre ti, ni muy lejos de ti, ni está levantado en el cielo, para que digas: ¿Quién de nosotros podrá subir tan alto, para traerlo de allí? Ni tampoco está puesto á la otra banda del mar, para que oses decir: ¿Quién podrá surcar ondas tan dilatadas, para traerlo de tan lejos? No está, pues, lejano; sino muy cerca de ti lo hallarás en tu boca y en tu corazón, para que lo puedas cumplir y acatar.*

Esto dice el Señor: ¿quién desmayará con tales voces y torcerá el camino con promesas semejantes? Dios es el que habla, que todo lo puede; Dios es el que promete, que no puede engañarnos; Dios es el que nos alienta con el ejemplo, y Él solo sabe por dónde va y adónde para el camino de la Cruz. *Su yugo es suave y su carga ligera* (4); porque cuando El quiere son dulces las parrillas encendidas, porque en ellas está Dios como en la zarza, que ardía sin consumirse; y mansos y ayunos los hambrientos leones del lago de Babilonia ante la presa codiciada; y se seca la mar ante su pueblo perseguido y se convierten las rocas en fuentes, para que beban los sedientos de Israel.

(1) Ezeq., XI.
(2) Luc., XIV, 27.
(3) Deut., XXX.
(4) Math., XI.

Jesús llama á los redimidos con su sangre, y mirad el ejército de mártires, de vírgenes y anacoretas que le siguen. Le siguen porque en El creen como en infalible verdad, y esperan en El como en poder supremo, y le aman sobre todas las cosas de la tierra, como á perfecto y sumo bien, y en aquellos senderos obscuros por donde le siguen, van diciendo con San Pablo: *¿Quién nos apartará del amor de Cristo, ni osará quitarnos su Cruz de nuestros hombros? ¿Habrá tribulación, ó angustia, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó cuchillo, que esto pueda? Ciertos estamos que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni fuerza, ni alteza, ni profundidad, ni otra criatura alguna, será bastante para apartarnos del amor de Dios* (1), ni de aquel camino, que nos lleva á su Calvario.

En aquel ejército vencedor que sigue á Cristo, cuyos soldados están llenos de heridas, y en cuyos semblantes está retratada el hambre de recibir otras nuevas, va Esteban, descalabrado y bendiciendo á los que le apedrean, y Pedro besando sus cadenas y su cruz, y Paulo, náufrago y luchando con las ondas recias del mar, y desollado vivo Bartolomé; Sebastián, asaeteado por arqueros de su cohorte; Pancracio, luchando con las fieras de la Libia; Inés y Filomena, defendiendo su virginidad de la lujuria del tirano; Magdalena y Agustino, penitentes; Antonio anacoreta, llevando por compañeros los feroces leones del desierto; Jerónimo y Basilio, Crisóstomo, Ambrosio y Tomás, iluminando el campo de la pelea con la lumbre de su genio; Francisco, Domingo, Loyola, Juan de Dios, Teresa de Jesús y Calasanz, comandando ejércitos numerosos y levantando en alto la simpática y hermosa bandera de la caridad, y Javier, seguido de populosos imperios conquistados en la India con ímprobos trabajos y con su palabra misericordiosa.

(1) Ad Rom., VIII.

Mirad cómo todos siguen á Jesús, caminando alegres por la calle de la Amargura y convidando á los descontentos de este mundo y engañados por sus mentiras, y saqueados por su ambición, y amargada la inocencia por sus burlas, á tomar sobre sus hombros la cruz que van arrastrando y á llevarla con resignación y mansedumbre á las cimas del Calvario.

Pues, ¿qué haces, ¡oh hombre!, que tienes el nombre de cristiano, si no sigues á ejércitos tan valerosos? ¿Con qué te consolarás de tus amarguras, si por esos caminos no te consuelas? ¿Qué compañía te parecerá más ilustre, si ésta tienes por ruin y desmedrada? Ni ¿qué capitán, en fin, tendrás por más invicto, si crees que con Jesús serás vencido?

¿No ves cómo delante de sus apretadas filas, cómo á la cabecera de las tribus de Israel, peregrinando por el desierto iba la columna providencial sirviéndoles de guía, va marchando la santa Madre de Dios, nube de la pena, durante el día disciplinada con tajos de luz, como el lirio del Carmelo con arranques de amarillo color, y columna de fuego durante la noche, que va iluminando los senderos, advirtiendo los peligros, poniendo en fuga á los belígeros habitantes de Canaán, tornando inmóviles como piedras á los robustos de Moab y dispersando, como á bandada de tímidas aves, á los príncipes de Edón (1)?

Cristiano, que por serlo, eres hijo de la santa Madre de Dios, ¿á quién tendrás por mejor guía, si no sigues á tu Madre, si sus ejemplos de fortaleza y resignación no los tienes por insignes, si los sacrificios por tu salvación eterna no los juzgas heroicos, si sus victorias contra tus enemigos no las tienes por grandes, y si el amor con que te ama, y que con todas aquellas pruebas que te manifiesta, no lo estimas, después del amor de Dios, por el más

(1) Cant. de Moisés.

grande, por el más tierno, por el más fuerte y por el más suave y decidido de todos los amores?

Qué, ¿aún andas perezoso y cobarde y no aceptas la cruz que de por fuerza has de llevar, ni menos la pones con amor sobre tus hombros, y te parece justa la desesperación con que la arrastras, la indignación con que la maldices y los extraviados y cenagosos caminos por donde la llevas? Pues no te encontrarás en la calle de tus amarguras con María, no tropezarás con Ella para que te consuele y aliente, ni tendrás Verónica que enjugue con su pañuelo el sudor y la sangre de tu rostro, ni Cirineo que te haga la carga más ligera, ni santa Madre que, en la hora suprema, esté contigo cuando expires y mueras; porque no eres, aun cuando te lo llames, cristiano, ni buen discípulo de Cristo, ni hijo fiel de María, tu santísima y suavísima y ternísima y amorosísima Madre.

¡Oh Madre! ¡¡Oh Madre mía!! ¡¡¡Oh Madre de mi alma!!! ¡Dejar de ser hijo tuyo! Eso, jamás; antes se pegue mi lengua al paladar, y carezca de atmósfera mi aliento, y la sangre se me hiele en las venas, y todas las criaturas se vuelvan contra mí y me falte el suelo que pisan mis pies, que dejar de ser hijo tuyo. Tú eres mi Madre, y contigo me quiero encontrar; si sano y pecador, para que me reprendas y me castigues; si llagado y enfermo y abrumado con el peso de mis penalidades, para que me alientes y me enseñes resignación y me des á gustar las amargas dulzuras del sacrificio. Enséñame á besar mi cruz; enséñame á no cambiarla por todos los deleites y riquezas de este mundo; enséñame á llevarla con amor hasta el Calvario. Allí está la puerta del cielo, y Tú, ¡oh Madre mía!, estarás á la puerta, para abrirme cuando llame y para conducirme al gozo de la eterna bienaventuranza. Amén.